

San Francisco Javier
por tierras y mares
«de esperar en Dios»

Máximo Pérez Rodríguez



Directora de la colección: Mercedes Álvarez

© 2004, by Máximo Pérez y Editorial Casals, S. A.

Tel. 902 107 007

www.editorialcasals.com

www.bambulector.com

Diseño de cubierta: Bassa & Trias

Fotografías: ACI, AISA, ALBUM, PRISMA

Ilustraciones: Farrés, ilustració editorial

Tercera edición: marzo de 2011

ISBN: 978-84-218-4798-5

Depósito legal: M-7314-2011

Printed in Spain

Impreso en Anzos, S. L., Fuenlabrada (Madrid)

Cuaderno documental de Miguel Castañer.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 1970 / 93 272 04 45).

Índice

1	Presentación. Francisco ya es hombre nuevo...	3
2	Me fui a París...	9
3	Amigos malos...	15
4	Amigos buenos...	19
5	«Ésta es vuestra empresa...»	27
6	La aventura del mar	33
7	La mayor diócesis del mundo	39
8	Entre los pescadores de perlas	43
9	Dios llama desde más lejos	49
10	«Islas de esperar en Dios»	53
11	Japón llama a Francisco	61
12	Hacia el país del sol naciente	67
13	Tierra dura-tierra fértil	73
14	Vestido de gala	79
15	Preparando la embajada	87
16	Ni Pekín, ni Cantón	93
17	Epílogo. Tocan a Gloria	99
	Apéndice.	105

Presentación Francisco ya es hombre nuevo...

El caballero guipuzcoano llegó a Obanos hacia media tarde. Se apeó de su caballejo castaño a la puerta de una casa blasonada. Al andar cojeaba visiblemente de la pierna derecha. Hizo su presentación ante don Juan de Azpilcueta, dueño de la mansión, con estas palabras:

—Me llamo Íñigo López de Loyola, Maestro en Artes por la Universidad de París. Traigo para vos esta carta de vuestro hermano Francisco. Somos compañeros de colegio y de habitación.

Y alargó un escrito doblado y sellado. Don Juan echó una ojeada al sobrescrito que leyó en silencio: «*Al Capitán don Juan de Azpilcueta en Obanos*». Luego echó otra ojeada al portador y le invitó a sentarse con él: uno a cada lado de una mesa de roble que había en el salón.

Don Juan se enfrascó en la lectura de la carta, mientras Íñigo, perspicaz y profundo conocedor de las personas, lo observaba atentamente. Sabía que se encontraba frente a un antiguo enemigo que, al lado del ejército francés, había luchado contra él cuando defendía el castillo de Pamplona. Fue entonces cuando una bala francesa lo dejó cojo

para toda la vida. Pero Íñigo no venía a reivindicar nada. Ahora venía como amigo.

Al terminar la lectura, el capitán esbozó una sonrisa, y señaló con el dedo la firma de Francisco:

—Tiene la misma rúbrica que mi madre. No puede ocultar que estuvo agarrado a sus faldas hasta los diecinueve años.

—Le atraían los libros como a vuestro padre —dijo mesuradamente Íñigo—. Francisco no debía desperdiciar su ingenio. Dios tampoco lo quería para la guerra, como a sus hermanos, sino para la paz.

—¿Sabéis con certeza que Dios lo quería para la paz?

—Francisco lo ha descubierto hace poco y me lo ha comunicado.

—¿Es que se lo ha revelado un ángel? —preguntó sorprendido don Juan.

—Señor, Dios tiene muchos modos de hablar a las personas. Yo mismo le he enseñado a buscar y hallar la voluntad de Dios en la disposición de la vida. Conozco bien a Francisco y nos tratamos con plena confianza. Con él y con otros compañeros hemos formado un grupo de amigos. Nos llamamos «*amigos en el Señor*». Y nos ayudamos, no sólo en nuestros estudios, sino también a vivir como creemos que Dios nos pide.

—Ahora entiendo lo que acabo de leer. Oíd lo que mi hermano escribe de vos:

«Nunca podré agradecer a Dios el favor que me ha hecho en conocer al señor Maestro Íñigo, por haberme favorecido muchas veces con dineros en mis necesidades y por haberme ayudado a apartarme de malas

compañías, que yo, por mi poca experiencia, no conocía. Ahora que circulan por París estas herejías, él fue quien me ayudó a no tener trato con personas que por fuera parecían buenas, y de dentro estaban llenas de herejías. Por tanto hágale V. Merced el mismo recibimiento que haría a mi persona».

—Dice verdad —aclaró Íñigo—. Yo le ayudé con dinero en varias ocasiones puesto que pasaba serias dificultades. Pero más me preocupaba su situación interior. Aunque Francisco no era malo, tampoco era todo lo bueno que podía ser y que Dios esperaba de él. Dios necesita personas como Francisco para que le ayuden a transformar nuestro mundo que es también el mundo de Dios. Daba pena que Francisco se contentase con vivir sólo para sí mismo.

—Según esto, Maestro Íñigo, debo daros las gracias en nombre de mis difuntos padres, y en nombre de mis hermanos, por el cuidado paternal que habéis tenido de mi hermano más pequeño. Estábamos sus hermanos preocupados por si se había contagiado de esas doctrinas nuevas que circulan por Francia. Alguien nos había alertado. En nuestra familia somos católicos a machamartillo y nos hubiera disgustado mucho que un hermano se infectase de herejía.

—Lo sé, don Juan. Y hasta sospecho que también habéis oído hablar de mí, y no bien por cierto.

—A fe que sí, Maestro Íñigo. Os teníamos bajo sospecha.

—Lo comprendo porque acusaciones no me han faltado ni en España ni en Francia. La última fue una denun-

cia en París ante el inquisidor Liévin. Me vi obligado a retrasar mi viaje, pues yo no quise salir de allí hasta tener certificado de inocencia. Siempre que me han acusado, me he presentado yo mismo ante el tribunal y he pedido que se me investigue y se dicte sentencia. Conservo archivadas todas las sentencias absolutorias, tanto las relativas a mi vida personal como las referentes a mi doctrina. Es que necesito defenderme de los prejuicios y sospechas que muchos lanzan sobre mí y me impiden hacer el bien con mis conversaciones.

—¿Y venís ahora de vuestra tierra?

—Terribles dolores de estómago me obligaron, aconsejado por mis médicos, a abandonar París y buscar refugio en mis tierras natales guipuzcoanas. Mis amigos me convencieron e incluso me compraron ese rocinejo para mi desplazamiento.

—Me alegro de este encuentro, don Íñigo. Y ahora que la paz se ha restablecido en Navarra, ya no debemos mirarnos como enemigos, sino como amigos.

—A algún santo protector de la familia se deberá quizá.

—Sin duda. Aparte del Cristo de nuestro castillo ante el cual hemos rezado padres e hijos, y aparte de san Miguel, patrono de nuestra casa, se lo debemos también a nuestra hermana Magdalena. A sus catorce años ya era dama de la reina en la corte de Castilla. ¡Cuánto la quería doña Isabel! Hasta le ofreció casamiento con el duque de Gandía. Pero mi hermana prefirió ingresar en un convento de clarisas para consagrarse totalmente a Dios. Tenía fama de santa. Nos insistió en que no dejásemos de ayudar a Francisco en sus estudios: que ella sabía que él iba a ser una columna de la

Iglesia. Nuestra familia, sabe usted, había quedado arruinada por causa de las guerras. Y, en esta situación, costear los estudios de Francisco en París nos era una carga tan insoportable que habíamos pensado abandonarlo a su propia suerte. Finalmente hicimos caso de los consejos de nuestra hermana. Ahora, gracias a que el monarca castellano nos ha devuelto las posesiones, nuestra situación es mucho mejor y podremos ayudar a Francisco, como él me pide en este escrito que me traéis.

—Tiene razón Francisco —comentó Íñigo—. Estudiar en París no resulta nada barato: pensión del colegio, clases, pago a los maestros, diplomas... Además Francisco quería vivir a lo grande: tenía criado y caballo... Yo, viviendo austeramente, podía pagar mis moderados gastos porque durante las vacaciones me desplazaba a pie hasta Amberes para pedir ayuda a los comerciantes españoles de aquella ciudad. Fueron siempre muy generosos conmigo. En alguna ocasión llegué incluso hasta Inglaterra para lo mismo. También mis amigos de Manresa y Barcelona me ayudaban con sus limosnas. Así, no solo tenía recursos suficientes para mí, sino que además pude ayudar con dinero a otros estudiantes pobres. A Francisco yo se lo daba disimuladamente a través de un amigo para no humillarlo. Y cuando él consiguió su título de Maestro, yo le conseguí algunos discípulos que le pagaban sus clases. Si alguno de estos no disponía de dinero suficiente, yo se lo proporcionaba para que Francisco no dejase de cobrar sus honorarios en ningún momento.

—No os marcharéis sin que os entregue una buena cantidad para Francisco. ¿Cómo se lo haréis llegar?

—Cuando salga de aquí pasaré por Almazán de Soria para visitar a los padres de otro estudiante de nuestro grupo de *amigos en el Señor*. Los padres de Diego Laínez, que tienen un correo seguro para enviar dinero a su hijo, se encargarán de que llegue también vuestro donativo a Francisco. Está necesitándolo para poder pagar deudas atrasadas.

—¡Ojalá que podamos ver pronto a Francisco por aquí! Nuestro hermano mayor, Miguel, y nuestro tío, el doctor Remiro de Goñi, que es arcediano de la catedral y administrador del Cabildo, le han arreglado ya los papeles para que, cuando termine sus estudios, le concedan una canonjía bien retribuida en la catedral de Pamplona. Así no tendrá que mendigar de nadie. Ya le han enviado la citación para que se presente.

—No quisiera desilusionarle, señor, pero creo que Francisco no se presentará.

—¿No se presentará? ¿Por qué? —preguntó sorprendido don Juan.

—Porque Francisco —contestó pausadamente Íñigo— quiere más pobreza con Cristo pobre que riqueza. ¡Ya es hombre nuevo!

En un hipotético diario, Francisco nos cuenta retazos de su vida de hombre nuevo. Con verdad, con sencillez, con prisa porque su tarea de misionero no le deja tiempo para escribir largo y tendido. Si lo que cuenta es mucho, es más todavía lo que podría contar. No le gusta hablar de sí. Solo le gusta hablar a los hombres de Jesucristo, que se ha adueñado de su corazón.